

Suetonio, Tácito y Plinio el Joven. Scriptores hist. Augustae, Dio Cass. etc. reunidos y explicados en Lardner, ed. Londres, 4 t. en 4.^o

II. TRABAJOS.—Lumper, Hist. theolog.-critica de vita, scriptis et doctrina SS. Patr. aliorumque scriptor. ecclesiast. Aug. Vind. 1783 sq. 13 t. in 8. (los tres primeros siglos). Baronii, Annales; t. I y II: véase mas arriba § 18. Natal. Alex. Hist. eccl. I, II y III siglo. Véase mas arriba § 19. Tillemont, t. I-V. Cf. mas arriba § 19. † Zola, Comment. de reb. christian. ante Constant. M. Cf. § 20. Clericus, Hist. eccl. duor. prim. saecul. Amst. 1710, in 4. Moshemii, De reb. christianor. ante Constant. M. Helmst. 1733, in 4. Stolberg, t. V-IX. Katerkamp, t. I.—Rauscher, t. I y II. Cf. mas arriba § 21.—Historia del Establecimiento del Cristianismo, segun las tradiciones judías y paganas, por Bullet.

PRIMERA PARTE.

JESUCRISTO Y EL SIGLO APOSTÓLICO.

CAPÍTULO I.

VIDA Y TRABAJOS DE JESÚS POR TODO EL GÉNERO HUMANO ¹.

Bienaventurados los que ven lo que vosotros veis.

Luc. x, 23.

FUENTES.—Tillemont, t. I, part. 4.^a (Vida de Jesucristo, de la Virgen María, de san José, de José de Arimatea y de Juan Bautista). Notas é ilustraciones, etc. Hess, Histor. de la vida de Jesús. Reinhard, Ensayo sobre el plan del Fundador de la Religion cristiana. Wittenb. 1781. Neander, la Vida de Jesucristo en su conjunto, y su desarrollo histórico. Stolberg, vol. 5. Kuhn, Vida de Jesús bajo el punto de vista científico. Hirscher, Hist. de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Sepp, la Vida de Jesucristo con un prefacio de J. de Gørres.

§ XXXIII.

Investigaciones cronológicas sobre el año del nacimiento y sobre la vida de Jesucristo.

FUENTES.—Tillemont, nota 4 de la Vida de Jesús.—Natal. Alex. Hist. eccl. I saecul. diss. II.—Sepp, ut supra, t. I. Wieseler, Concord. cronol. de los cuatro Evangelios. Hamb. 1843.

Desde los mas remotos tiempos hubo, respecto de esto, opiniones muy encontradas. Ireneo y Tertuliano designaron el año 41 de Augusto (es decir, el 751 despues de la fundacion de Roma) co-

¹ Se puede consultar sobre el ensayo que ha hecho Strauss en su *Vida de Jesucristo* para reducir á un mito la historia evangélica, las obras siguientes: † Mack, Crítica de los trabajos de Strauss sobre la vida de Jesús, en la Revist. trim. de Tubing. 1837, p. 33, 239, 426 y 633. † Hug, Apreciacion de la Vida de Jesús, por Strauss. Friburg. Diario de Teolog. 1839. † Kuhn, Vida de Jesús. Ullmann, ¿Historia ó Mito? Hamb. 1838. Tholuck, Veracidad de la Historia evangélica. Hamb. 1838.

mo el del nacimiento de Cristo. Clemente de Alejandria, Eusebio, Epifanio y Orosio adoptaron el año 42 de Augusto. Dionisio Exiguo (530) fijó por medio de un esmerado y sólido cálculo el año del nacimiento de Jesucristo en el 754 de Roma ¹; pero las mas recientes investigaciones han hecho admitir generalmente el 747 ². Desentendiéndose de este modo de los cálculos de Dionisio (esto tuvo lugar desde Beda, y especialmente desde el siglo VIII), se ha fundado este cómputo en el dato cierto de la muerte de Herodes, fijada por Josefo en la primavera de 750 al 751: y como segun san Mateo, II, 22, la muerte de Herodes no ha debido suceder hasta dos años despues del nacimiento de Cristo, por consiguiente el cálculo de Dionisio comienza cuatro años mas tarde por lo menos. La única base cierta que nos suministran respecto de esto los Evangelios, es el pasaje de san Lucas, III, 1, el cual designa el principio de la vida pública de Juan Bautista en el año quindicimo del reinado de Tiberio, y el lugar donde el mismo Evangelista, II, 1, 2, habla del censo ordenado en Palestina por el Emperador, en tiempos en que Quirino era gobernador de la Siria. Segun estos datos, seria fácil calcular el año que se investiga, si fuese cierto, lo cual no es inverosímil, que la fecha de san Lucas comprende los dos años del reinado comun de Tiberio y Augusto, que murió el 767 despues de la fundacion de Roma (de consiguiente $765 + 15 = 780$). Si Jesucristo comenzó su vida pública poco despues de Juan Bautista, á la edad de 30 años, segun san Lucas, III, 23 (resultaria $780 - 30 = 750$); y tal seria el año mas probable de su nacimiento. Para fortalecer esta opinion se han recordado los cálculos astronómicos, segun los cuales, mucho antes y mucho despues de Jesucristo, no ha podido caer en jueves la Pascua mas que en el 784. Y como Jesucristo celebró su última cena á los treinta y cuatro años, segun la opi-

¹ Deben verse las principales opiniones en *Fabricio*, Bibliograph. antiquar. ed. II. Hamb. 1716; y en *Münter*, la Estrella de los Magos, Investigaciones sobre el año del nacimiento de Cristo. Copenh. 1827.

² *Kleper*, de Nova stella in pede Serpentarii, etc. (Pragae, 606); de Jesu Christi Servatoris nostri vero anno natalitio (Francof. 1606, in 4): de vero anno quo aeternus Dei Filius humanam naturam in utero benedictae Virginis Mariae assumpsit. (Francof. 1614, in 4). — *Sanclementii*, de Vulgar. aerae emendat. libb. IV, Rom. 1793, in f. — *Ideler*, Cronolog. t. II, p. 394.

nion comun (pues solo Ireneo pretende que haya vivido cuarenta ³), y como la celebró precisamente en jueves, resulta de aquí la exactitud del cálculo en el 750 ². Pero ¿quién puede desconocer que existe todavía mucha incertidumbre en los diversos datos de este último cálculo? Asimismo, ¿cuánto no se aumenta la incertidumbre, cuántas dificultades surgen insolubles, si se quiere fijar el mes y el día del nacimiento de Jesucristo ³? Ahora, en cuanto á la vida pública de Nuestro Señor, se puede decidir con bastante seguridad, fundándose en los santos Evangelios, que duró tres años.

§ XXXIV.

Nacimiento de Cristo.

Los Profetas habian anunciado desde un principio, al través de todos los siglos y de una manera cada vez mas positiva, que el Mesías, que habia de redimir y de regenerar al género humano, naceria entre los judíos, no como todos los hombres segun las leyes ordinarias de la naturaleza, sino como el primer hombre, por medio de una creacion inmediata de Dios ⁴. Una vírgen pura ⁵, de la raza de David, debia concebir á Cristo en su casto seno y darlo á luz en Belen de Judá ⁶.

Cuando ya estaban próximos los tiempos señalados por Dios ⁷, vino á Nazareth un Ángel á anunciar á una vírgen llamada María, de la raza de David, que habia sido escogida para concebir por obra del Espíritu Santo y engendrar al Hijo único de Dios ⁸.

¹ *Iren.* Cf. haeres. II, 22, Ed. — *Massuet.* Paris, 1710, in f. p. 148, 4.

² Tal es el resultado de las investigaciones de *Wieseler*, l. c. p. 131-138.

³ Al paso que san Jerónimo decia (*Sermo de Nativitate*): Sive hodie Christus natus est, sive baptizatus est, diversa quidem fertur opinio in mundo, et pro traditionum varietate sententia est diversa; Sepp ha tratado de probar por medio de cálculos que sorprenden que el día de la Natividad de Nuestro Señor debe ser el 25 de diciembre del 747 de Roma.

⁴ Véase § 28.

⁵ Isaias, VII, 14.

⁶ Miqueas, V, 2.

⁷ Daniel, IX, 24.

⁸ Luc. I, 23; Juan, I, 18.

El Paganismo y las potencias del siglo debian, sin saberlo, servir al cumplimiento de los designios eternos. En el mismo tiempo señalado para el nacimiento del Mesías, ordenó Tiberio un censo de la poblacion del imperio. María se dirigió á Belen, acompañándola su esposo san José, pobre carpintero, aunque vástago de la raza real de David¹; y da á luz en un establo al Niño maravilloso, que desde mucho tiempo antes habian saludado los Profetas con el nombre de Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz².

Y despues la Virgen pura no volvió á concebir en su sagrado seno³.

No paran aquí los prodigios que han preparado este milagroso nacimiento. Bajan los Ángeles del cielo; publican la alegría que les causa la salvacion llegada para el género humano degenerado, y manifiestan su reconocimiento en nombre de la humanidad, que no sospecha todavía que la hora de su Redencion esté tan cercana⁴: ellos anuncian la paz al mundo corrompido, y la nueva alianza del cielo y la tierra. Estos alegres acentos, bajados de lo alto, despiertan á algunos pastores judíos, que corren presurosos en busca del Salvador recién nacido⁵. Poco despues el poder del Padre atrae desde las mismas profundidades del Oriente sábios que adoren al Hijo⁶, de manera que toda la humanidad entera se halla representada en torno de su cuna. Y como era necesario que fuese en todo semejante á sus hermanos⁷, el Hijo de Dios fue circuncidado, segun las

¹ Luc. III, 1-5.

² Isaías, IX, 6.

³ Los hermanos de Jesús que se mencionan en los cuatro Evangelios y en las Actas de los Apóstoles son, segun la analogía de la palabra hebrea, los parientes. Hay otra prueba: Cristo, al morir, recomienda á María á su muy amado discípulo, Juan, llamándola su madre (Juan, XIX, 25-27): mas el término usado por Cristo no es de ninguna manera contrario á esta explicacion, y se demuestra por medio de la locucion hebrea. Cf. *Kunh*, los hermanos de Jesús y de Jacob, hijos de Alfeo. (Annuar. de teolog. y de filosof. crist. Giess. t. III, p. 5-119). *Schleyer*, Nuevas investigaciones sobre la Ep. de Santiago y sobre los hermanos de Jesús. (Friburg. Diar. de teol. t. IV, p. 1-116).

⁴ Luc. II, 9-12.

⁵ Luc. II, 18.

⁶ Mat. II, 10-11.

⁷ Hebr. II, 17-18.

prescripciones de la ley, el octavo día de su nacimiento, y recibió el nombre de Jesús (eclipse de otra palabra hebrea, que quiere decir *Socorro de Dios*).

Iuminado el justo y piadoso Simeon por el Espíritu Santo, saluda al *Redentor de Israel*, á la luz de las naciones, al Niño divino, venido para la ruina y la resurreccion de muchos. Ana, atraida por el espíritu al templo, se une á los cánticos de Simeon, y va profetizando al Verbo á todos aquellos que aguardan la redencion de Israel¹.

Hacia cuatrocientos años que no se oia ya en Israel el espíritu de profecía, que enmudeció con Malaquías². Mas ¡qué primavera tan radiante sucede repentinamente á tan largo invierno! Por todas partes resuenan los cánticos de gloria: aquel, cuyo nombre es ¡*Maravilla!* ha aparecido. El Arcángel y la Virgen, Zacarías é Isabel, los Ángeles en las verdientes praderas, Ana y Simeon en el templo y en el santuario, todos predicen una dicha inmensa para lo futuro, y se regocijan con el rayo de sol que el Señor envia al mundo: el mismo cielo baja hácia la tierra, y los hijos del Iodo se levantan agitados de un sentimiento de alegría completamente divina.

§ XXXV.

De lo que se llama el desarrollo de Jesús.

Segun las mas antiguas tradiciones judáicas, María y José huyeron por algun tiempo á Egipto³, á fin de sustraerse á los designios homicidas del artificioso Herodes; pero atraidos bien pronto por el espíritu que habia decidido su partida, volvieron á Nazareth, cumpliendo de este modo el profundo sentido de la profecía de Oseas, II, 1: «Llamé de Egipto á mi Hijo.» A los doce años dejó ver el divino Niño algunos rayos de su celestial sabiduría ante los doctores asombrados del templo de Jerusalem⁴. Santifi-

¹ Luc. II, 25-38.

² *Stolberg*, t. IV.

³ Mat. II, 19, 20.

⁴ Luc. II, 46, 47.

cando todas las relaciones del hombre y todos los grados de su desarrollo, el Hijo de Dios permaneció filialmente sometido y obediente á sus padres¹; y aun ayudó, segun tradicion antigua, á su padre adoptivo en los trabajos de su penoso oficio². La historia guarda silencio sobre el resto de sus acciones hasta su entrada en la vida pública. Algunos han pretendido explicar la sabiduría, la sublimidad y la santidad que demostró Jesús mas adelante, atribuyendo estas calidades á la piedad de su madre, á la ciencia de los Fariseos, de los Saduceos³ y los Esenios, y á la civilizacion alejandro-judáica. Ahora bien, ¿no era esto desconocer enteramente así al Cristo histórico como al Hijo de Dios? Léjos de explicar el milagro divino, ¿no era esto hacer mas oscura y mas difícil su explicacion? Pues ¿en qué tiempo el alma de un judío ó de un pagano dió jamás tales muestras de una sabiduría, de una pureza, de una majestad parecidas á las que brillaron en la vida del Salvador? ¿Cuánto mas cerca están de la verdad los pintores cristianos, cuando representan al Niño Jesús rodeado de una aureola de gloria en todos los momentos y circunstancias de su vida! Y no es en el sentido vulgar como los Padres de la Iglesia han explicado las palabras que nos muestran á Jesús creciendo en edad, en gracia y en sabiduría⁴; sino por el contrario, destellando cada vez mas en el exterior la virtud divina que residia en él, á medida que crecia su cuerpo y que se iba desarrollando su humanidad.

§ XXXVI.

*Juan Bautista*⁵.

Hallándose ya próximo el tiempo de la venida del Mesías, anunció un Ángel al santo sacerdote Zacarías que Dios suscitaría del seno de su mujer Isabel, ya avanzada en años, y parienta de María,

¹ Luc. II, 31.

² Marc. VI, 3.

³ Juan, VII, 15.

⁴ Luc. II, 40, 52.

⁵ Cf. *Kuhn*, Vida de Jesús, t. I, p. 161-300, y *Mack*, Historia de san Juan Bautista. (Tub. 1838, p. 236).

un hijo que seria grande ante el Señor. Juan, es decir, el bendito de Dios, será su nombre, dijo el Ángel: será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre; convertirá al Señor, su Dios, á muchos hijos de Israel, y marchará delante del *Salvador del mundo* con el espíritu y el valor de Elías para prepararle el camino¹. Isabel á su vez, elevándose en alas de una inspiracion divina, saludó á María como Madre del Salvador, y María respondió con un profético entusiasmo: «De aquí en adelante me llamarán bienaventurada «todas las generaciones².»

Cási todo el pueblo judío creia, segun una antigua profecía³, que la vuelta del profeta Elías habia de preceder á la venida del Mesías, preparando su camino. Esta esperanza no fue completamente realizada: el mismo Elías no reapareció, pero reapareció en espíritu en la persona de Juan, precursor del Mesías.

En el quinceésimo año del reinado de Tiberio y bajo el gobierno de Poncio Pilatos, presidente de Judea, fue cuando Juan, á la sazón de treinta años, apareció en Israel como doctor y maestro, siguiendo la antigua costumbre de los judíos. Vino, como habia sido anunciado, á predicar en un lugar desierto, cerca del Jordan. Su vida era austera y penitente; grave y profunda su palabra: iba exclamando por todas partes: «Haced penitencia, que ya se acerca «el reino del cielo⁴; no conoceis al que está en medio de vosotros: «él viene detrás de mí, pero es primero y mayor que yo: ya «está la guadaña en la raíz del árbol: todo árbol que no dé «fruto será cortado y arrojado al fuego.» Y Juan, para iniciar al pueblo en los misterios del Señor, lo bautizaba con agua, sirviéndose de un rito sensible, de una ablucion material y simbólica, que, administrada á los judíos⁵, era el anuncio de aquella purifi-

¹ Luc. I, 17.

² Luc. I, 39-36.

³ Mat. IV, 5, 6.

⁴ Mat. III, 2.

⁵ *Buxtorf*, Lex. Talm. p. 408. *Lighfoot*, *Schættgen*, *Welstein* y otros, han pretendido que este bautismo de san Juan era una imitacion del de los prosélitos judíos. Mas recientemente se han suscitado dudas acerca de la antigüedad del bautismo de los prosélitos. Véase á *Reiche*, de *Baptismatis orig. etc.* Gœtt. 1816, y *Schneckenburger*, de la Antigüedad del bautismo de los prosélitos entre los judíos. Berlin, 1828.

cacion interior y espiritual de que tenia necesidad la nacion entera, para entrar dignamente en el reino del Mesias (*baptismos meta-noias*).

Juan anunciaba el reino del Mesias, no como un reino temporal, segun era la creencia de la masa del pueblo, sino como una institucion moral y religiosa. Sin tener en cuenta la filiacion carnal de los hijos de Abraham, solo á los que cambiasen de costumbres prometia la participacion en el reino del cielo. No digais, exclamaba, Abraham es nuestro padre, pues yo os declaro que hasta de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abraham ¹. Por extraño que pareciese entonces esto á los judíos, la mision divina de que estaba encargado el Precursor, probada además con la virtud y la verdad de su palabra, le dió una influencia maravillosa que se extendió por regiones lejanas, sin que por esto dejase de ser su humildad mas grande: ella le hacia rechazar toda alabanza y toda estimacion de su mérito. Cada vez era mas ardoroso en designar al pueblo al que debia bautizar despues de él en el fuego y en el Espíritu Santo ², declarándose indigno de desatar sus sandalias ³.

Mas habiendo llegado Jesús al Jordan para ser bautizado, iluminado Juan por un súbito milagro, le reconoció y proclamó como el Mesias; pues una voz del cielo bajó en nombre del Padre á reconocer á su muy amado Hijo, y cerniéndose sobre él, bajo la graciosa imágen de una paloma, el Espíritu Santo, la Trinidad entera se manifestó en el Jordan ⁴. «De aquí en adelante, dijo «Juan, es necesario que Jesús crezca y que yo disminuya.» De esta manera se eclipsa la estrella de la mañana ante el sol naciente ⁵. Juan, como representante de la Justicia divina, no guardaba consideracion con las personas: «¡Raza de víboras! dijo á «los Saduceos y á los doctos é hipócritas Fariseos, ¿quién os ha enseñado á temer la ira que os amenaza ⁶?» Tambien dijo al tetra-

¹ Mat. iii, 8-10.

² Mat. iii, 11; Luc. iii, 16.

³ Juan, i, 27.

⁴ Mat. iii, 13-17; Juan, i, 33.

⁵ Juan, iii, 30.

⁶ Mat. iii, 7.

ca Herodes: «No te es licito tener contigo á Herodías, mujer de tu «hermano ¹.» Juan fue una lámpara ardiente que brillaba en las tinieblas de este mundo: muchos se regocijaron con la claridad de esta lámpara, pero no por eso cambiaron de espíritu ni de costumbres ²: Juan no es una caña que agita el viento, ni tiene nada de comun con los caprichos de un pueblo voltario y de sus inconsecuentes representantes: Juan es el mayor entre todos los que han nacido de mujer; así lo declara el mismo Cristo ³. Es Profeta, y mas aun que Profeta ⁴, pues no promete á los hombres una suerte mejor en una época incierta; él anuncia el reino de Dios, que está cercano, que llega ⁵; y aun cuando es el mas pequeño en el reino de los cielos, es mayor que el mas grande de los Profetas ⁶.

Mas va á cesar su ministerio público, pues Herodes le envia cautivo á las prisiones de Macoero ⁷, donde le hace morir por satisfacer la pasion y la venganza de Herodías irritada, al tenor de los Evangelios y segun el historiador Josefo ⁸, temiendo el respeto que habia adquirido Juan entre el pueblo. La última mirada de Juan á la tierra fue evidentemente su primera mirada hácia el cielo, porque tenia los ojos de la fe, y no habia cesado de dirigirlos hácia Aquel que venia detrás de él. Enterráronle sus discipulos, los cuales, fieles á su maestro, anunciaron su muerte á Jesús; pero aun cuando Juan hubo tantas veces y con tanta claridad designado á Aquel que es la misma verdad, el Cordero de Dios ⁹, muchos de ellos desconocieron la verdad y se separaron del Sal-

¹ Mat. xiv, 4.

² Juan, v, 35.

³ Mat. xi, 11.

⁴ Mat. xi, 9.

⁵ La Iglesia expresa esto mismo en la siguiente estrofa del himno de san Juan Bautista:

Caeteri (sc. prophetae) tantum cecinere vatum

Corde praesago jubar affuturum:

Tu quidem mundi scelus auferentem

Indice prodis.

⁶ Mat. xi, 11.

⁷ Flav. Joseph. Antiqq. XVIII, 5, 2.

⁸ Marc. xi, 23; Mat. xxi, 23, 27. Cf. Marc. xi, 27-33; Luc. xx, 1-7.

⁹ Juan, i, 29, 36.

vador¹, continuando como meros *discipulos de Juan*. De esta suerte, subsisten en la naturaleza los grados que ha atravesado una existencia, aun cuando ella haya llegado al apogeo de su desarrollo.

§ XXXVII.

Vida pública de Jesucristo.—Su objeto.

Después del bautismo de Juan, que habia inaugurado, por decirlo así, la misión del Mesías, se retiró Jesús al desierto. Allí, como en otro tiempo Moisés sobre el monte Sinaí, permaneció cuarenta dias luchando victoriosamente contra el príncipe del mal que le tentó como á todos los hombres², porque Cristo debía ser en todo semejante á sus hermanos³. Entonces fue cuando se consagró á enseñar públicamente al pueblo, á la manera de cualquier rabino de la Sinagoga, pasando á los ojos de la multitud por hijo de José⁴. Sus primeras palabras fueron iguales á las de Juan: «Haced penitencia⁵.» Pero bien pronto, descubriendo más extensamente á los judíos el misterio de su misión divina, «Yo he venido, les dijo, á cumplir la ley, á purificarla, á esclarecerla y á desarrollarla⁶;» y á la manera de Juan permitió á sus discípulos que administrasen al pueblo el bautismo de la Penitencia⁷; pero por su parte el pueblo debía santificarse por medio de la pureza del corazón y de la intención: la vista de Dios debía ser su recompensa, formando esta recompensa tan espiritual un raro contraste con las soberbias y mundanas esperanzas que habian concebido respecto del Mesías. Había en las palabras y en las acciones de Cristo una maravillosa actividad, cuyo objeto sublime estaba siempre presente en su alma: y este objeto, es decir, el establecimiento de un reino celestial y puramente espi-

¹ Juan, III, 23; Luc, V, 33; Mat. IX, 14; XI, 22; Act. XVIII, 25; XIX, 2-7.

² Mat. IV, 1.

³ Hebr. II, 18.

⁴ Luc. III, 23.

⁵ Mat. IV, 17.

⁶ Mat. V, 17.

⁷ Juan, III, 26.

ritual, fue indicado de una manera tan clara y desde un principio en sus palabras, que en ninguno de los Evangelios puede encontrarse la menor señal de que quisiese en ninguna circunstancia sustituir este reinado espiritual con un reinado terrestre. Jamás Jesús participó de la opinión de sus contemporáneos sobre el poder temporal del esperado Mesías, consistiendo principalmente su grandeza en que se elevó desde luego por encima de miserables imaginaciones de los siglos pasados y futuros. El grande y único pensamiento de toda su vida fue reunir toda la humanidad en una sociedad religiosa y moral, en la que cada uno pudiese, con la ayuda de Dios y bajo la dirección de su providencia, ser redimido por Jesús del pecado, reconciliado con Dios, santificado cada vez más, y participar por lo mismo de una felicidad siempre creciente. Jamás las expresiones sencillas y populares de que se valió para representar su reino podrán desmentir esta tendencia de toda su vida al establecimiento de un reino espiritual¹. Al mismo tiempo siempre habló en este sentido de la manera más clara y explícita². Tal es también el carácter y el principio completamente espiritual de su religión; tal es el sentido de todas las profecías que se refieren al Mesías y que comprenden á la humanidad entera, verdadero pueblo de Cristo, cuyo reino debía principiar entre los judíos para extenderse desde allí por todas las naciones paganas³.

§ XXXVIII.

Doctrina divina de Jesús.

La doctrina de Jesús era perfectamente conforme al plan que acabamos de indicar. Él anunciaba con particular insistencia la unidad de Dios, *Padre de todos los hombres*: las prácticas poco numerosas que instituyó, tan íntimamente ligadas con la esencia de su religión, no encierran nada que sea puramente local, temporal ó nacional: estas mismas prácticas podían ser observadas en todas partes, y debían reemplazar poco á poco la ley mosaica, á

¹ Mat. X, 8; XVIII, 21; XIX, 28; Marc. VII, 26.

² Juan, X, 16; Mat. XXVIII, 19.

³ Mat. XV, 24. Cf. XXVIII, 19.

la cual trataba de extender, purificar y transformar en una adoración en espíritu y en verdad¹, sin combatirla abiertamente. Los principios de su doctrina, tan antiguos como el espíritu humano, tomaban naturalmente, en su expresión parabólica, una forma eminentemente popular, acomodándose así á todos los grados de inteligencia: de este modo hicieron desde un principio grande impresión en el pueblo, que en medio de los transportes de su admiración y su alegría exclamaba: «Este enseña como quien tiene «autoridad, y no como los Escribas y Fariseos².» Semejante impresión se hacia cada vez mas poderosa á medida que Jesús hablaba y obraba entre el pueblo; pues para conseguir el objeto definitivo de su misión, cual era la conversión hácia Dios de la humanidad degenerada, mostraba siempre á este mismo Dios ofendido, como un amoroso Padre que previene al pecador y perdona al arrepentido, rebajándose hasta él en la persona de su Hijo único³, viviente y sensible realización de la palabra y del hecho, de la idea y de la actualidad. Jesús habia dicho: «Se me ha dado toda «potestad en el cielo y en la tierra⁴;» y probaba la verdad de estas palabras dominando las fuerzas de la naturaleza, resucitando á los muertos, curando repentinamente á los ciegos, sordos, paralíticos y toda clase de enfermos⁵, y perdonando á los pecadores. Como Jesús habia predicado la Resurrección y la vida eterna, debia confirmar esta doctrina por medio de su propia Resurrección. Así es (y tal era el carácter especial de su enseñanza) que Jesús hacia cuanto decia, y realizaba sus pensamientos con sus acciones, tal como en el principio de las cosas el Verbo todopoderoso y creador habia dicho: «Hágase la luz, y la luz fue hecha.» De esta suerte, confirmada siempre su doctrina por el hecho, estaba al alcance de todos los entendimientos que no abrigaban prevenciones; y á los que rehusaban la verdad de su palabra, les argüia con sus acciones⁶ y la imposibilidad de convencerle de ningun pecado⁷. Por

¹ Mat. v, 17; Juan, iv, 21 sig.

² Mat. vii, 28, 29.

³ Juan, iii, 16.

⁴ Mat. xxviii, 18.

⁵ Mat. iv, 23.

⁶ Juan, x, 38.

⁷ Juan, viii, 45.

último se dió á conocer en muchas circunstancias, declarando abiertamente que habia nacido del Padre, y era uno con el Padre¹. «Quien me ve, ve á mi Padre²; solo yo conozco al Padre³; «yo hago conocer su voluntad y su palabra, y no busco mas gloria «que la de Aquel que me ha enviado⁴: solo el que es de Dios es- «cucha las palabras de Dios, comprende la verdad y es salvado por «ella⁵.»

San Justino mártir⁶ caracteriza perfectamente la doctrina de Jesús de esta manera: «Sus discursos, dice, eran cortos y terminantes; su palabra no era la de un sofista, sino la virtud del mismo «Dios.» Como hijo único del Padre⁷, lleno de gracia y de verdad⁸, puesto que en él habitaba corporalmente la plenitud de la divinidad⁹, él era la vida y el que solo podia comunicarla á los otros¹⁰; él solo podia convertir en hijos de Dios¹¹ á los que creyesen en su nombre y en su misión, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

¹ Juan, xii, 29; viii, 55; cf. v, 17.

² Juan, x, 32; xii, 45.

³ Juan, i, 18; vii, 29.

⁴ Juan, vii, 17, 18.

⁵ Juan, viii, 32, 46, 47.

⁶ Justin. mart. apol. I, c. 14 ad fin.

⁷ Juan, iii, 16.

⁸ Juan, i, 14.

⁹ Col. ii, 9.

¹⁰ Juan, i, 4, 5, 26; x, 9; xiv, 6.

¹¹ Juan, i, 12.